

Félix Armando Núñez

Homenaje a don Enrique Molina⁽¹⁾

«Feliz aquél que calla o niega, por amor a la palabra justa, si algún día encuentra que para lograrla, como yo ahora, debe recurrir a las cálidas voces del olvidado regocijo y la perdida admiración.— PEDRO PRADO.



PRIMERO, señores, fué como una indecisión entre el estupor de la tragedia antigua y la elegía pura que sonríe con la mirada infantil que se ha bañado en una lágrima donde ya no queda el sentimiento que la motiva como en un cuadro de Greuze, el ingenuo pintor de ingenuas doncellas que sonríen alegremente a la vida después de haber llorado; la oscilación entre el ditirambo que exalta las pasiones y el suave acorde de la lira que las repri-

(1) Este discurso fué pronunciado en la velada organizada por los amigos y compañeros de los cursos de Humanidades del Liceo de Concepción, con motivo del alejamiento de don Enrique Molina de la enseñanza fiscal, después de cuarenta años de fecunda labor pedagógica. El discurso de agradecimiento del señor Molina, a los homenajes que se le tributaron en Concepción, se publica también en este número.—(N. de la R.)

me; primero, el frío de las cimas, el aletazo del aire helado en las cumbres solitarias donde apenas si se respira en la ininterrumpida quietud de la majestad; luego el imperativo de armonía que en la dulzura de los valles hace a la vida posible; primero el temor de emprender una obra superior a mis fuerzas y en seguida la obligación de hablar ahora como un toque de clarín surgido de lo más profundo de la conciencia en un acorde demoníaco al que se responde con toda la fuerza de los pulmones: «A sus órdenes, mi capitán».

Perplejo estaba, alegre, triste: era la helada confusión del que experimenta sucederse en el vértigo de un momento las más variadas emociones. Ahora ya sé: ni el miedo a la retórica, ni la retórica misma podrían detenerme. He venido a pagar un tributo conmovido de justicia y gratitud a la noble tierra de Chile en una de las más faustas solemnidades que en los anales de su cultura, ejemplar en la América española, recordarán los hijos de este país, y no importa que se diga alguna vez que esta límpida fecha queda grabada en un bronce romano con fuego de los trópicos, si a ese decir no se opusieran todavía la quemante sinceridad de mis palabras y el amor al tono heroico, grato a una tierra pétrea y suave, donde sobre la lava de volcanes como la del Osorno, que hollamos como algo sacro, crece la gracia del ulmo aborigen que reviste en el mayor alarde, de floral delicadeza una gala de llovidas estrellas matutinas y donde se escucha la canción eterna del agua que se tornasola entre los bosques y las rocas en el mediodía de más

clásica perfección en que nuestras pupilas se han maravillado jamás.

Perdonadme, señores, si como vuestro poeta pueda jactarme yo de decir que en esta ocasión magnífica, después de haber callado o de haber negado mucho tiempo, por amor a la palabra justa, recurra hoy a las cálidas voces del olvidado regocijo y la perdida admiración, para hacer el elogio de don Enrique Molina, quien, por su importancia en la cultura del continente, impone la actitud de descorrer el velo que cubre el mármol, o mejor el bronce otra vez, o el simple simulacro erigido en vida a uno de esos hombres egregios de quienes una patria espera aún lo mejor de su energía, a pesar de lo mucho que dieron... Inmolarse todo en su obra es el espectáculo más sublime que el mundo moral pueda ofrecer. Hegel, mencionado por uno de los más preclaros varones de la España actual: «En la historia todo lo ha hecho la pasión; pero entiéndase bien, corrige el citado filósofo, la pasión fría». Es decir, y valga mi exégesis, la fuerza unida a la tranquilidad, que es capaz de dominar con señorío de delicadeza, porque es capaz de dominarse a sí misma.

Este señorío que se siente apenas, señorío de maneras, señorío de pulso firme y de criterio saludable es lo primero que impresiona en la figura de don Enrique Molina, en quien el equilibrio intelectual se rompe a veces en corregidas actitudes de Alonso Quijano, «El Bueno», corregidas actitudes que según Américo Castro, cuya opinión compartimos del todo, es lo quinta-

esenciadamente cervantesco, por oposición a lo quijotesco que no es cervantesco, porque Cervantes es la salud estética misma, el orden, la medida.

«No es la oportunidad de decir quién es don Enrique Molina—expresa en columnas de honor «El Mercurio» de Santiago, en su editorial del 1.º de este mes, con austera belleza de comentador avezado—don Enrique Molina, maestro de la juventud, pensador y literato con honda raigambre en los círculos intelectuales del país y del extranjero, creador de una Universidad, hija de su empuje y de su fe en el porvenir de la enseñanza». Para mí, queridos compañeros del Liceo, sí es la oportunidad: de agradecimiento profundo que a mi vez os agradezco con todas las fuerzas de mi alma, ya que en vuestro nombre hablo por especial manera. Y es tan oportuno el momento, que en la intensidad de mi emoción, sintiéndome hondamente feliz de expresarlo se me vienen a la mente los conocidos versos de Goethe en el «Fausto»: «Pueda yo decir al momento fugaz, detente que así eres bello».

Cuando los que nada han hecho censuran, debería ser obligado el silencio en torno a su crítica si ésta recae sobre hombres-montañas, ante quienes los mismos enemigos—si es que los tienen—se descubren casi inconscientemente por respeto. Napoleón, en el Belerofonte, ultrajado por una oficialidad menos que mediocre que lo custodia, llega al puerto de Plymouth. El prisionero se asoma tranquilo al puente. La multitud se descubre ante el enemigo en desgracia, en un silencio

que la historia ha recogido para la eternidad. Todos los valores se discuten y hay argumentaciones para probarlo todo; pero en el fondo, aunque luchan contra sus propias vanidades y digan lo contrario de lo que piensan, los hombres reconocen al Hombre.

Frecuente es, y en demasía, por ligereza de juicio o torcida intención, parangonar a los que han actuado lustros y lustros en primera fila con los que, episódicamente, han tenido una pulcra figuración momentánea, cuyo prolongarse en la sinuosa curva de los acontecimientos históricos o sociales no pasa de ser una conjetura substraída acaso de la realidad por un buen hado. Pero ante cuarenta y tres años de actuar prócer no queda sino inclinarse con un gesto de rendida admiración. Estos cuarenta y tres años de la vida pública de don Enrique Molina, representan una vida ejemplar, en cuyo proceso se acusan, con acentuados lineamientos, caracteres de diversas edades que no en vano la biología y la psicología han tratado de definir; mas, en el que queda siempre como en el maestro de Weimar, maestro también del maestro, un rasgo permanente de adolescencia que se traduce en una incesante capacidad de renovación, que aprovecha con sabiduría la experiencia de los años, para mezclar al conocimiento profundo de los hombres y de las cosas un destello de idealidad pareja de la grata *sophrosine* platónica o del buen natural en que confluyen en un logro de vida superior, hecho segunda naturaleza animadora, la ética y la estética de las relaciones sociales, la simpatía, que

comprende siempre y la razón que contiene el impulso ardiente de generosa capa para evitar el inútil martirio.

En los albores es el estudiante y el profesional, adolescente aun, que en Chillán y en Talca arremete con gallardías de andante caballero, las cuales, atemperadas con el curso de los años no le abandonarán del todo ya más; después la meditación sistemática, las disciplinas filosóficas, la estimación del conjunto armonioso antes del arranque valiente, que pudo ser temerario sin esta contención intelectual, en que hay algo de Leonardo y mucho de la frecuentación de Dickens y de Goethe: todo ello con el actual resultado: la personalidad saludable como el aire de las alturas, la mano vigorosa en el timón, la cual inspira confianza para trabajar sin sobresaltos en esta larga o breve travesía que es nuestra vida.

Pero, debo volver sobre la formación de esta personalidad de que una suerte venturosa nos ha hecho insigne regalo.

Cumplido un siglo de la Revolución Francesa, el Presidente Balmaceda fundaba en la muy noble Santiago de Chile, el Instituto Pedagógico, plantel en que había de formarse el profesorado de educación secundaria y establecimiento único en su género en la América española, donde se han graduado maestros de muchos países hermanos y por consecuencia, hogar ilustre de fraternidad hispano-americana y lumbrera que ha contribuido a dilatar el renombre de esta tierra más allá de sus fronteras. Un nuevo tipo de Liceo iba a nacer de

sus aulas. Recuerdo que el notable filólogo, doctor Rodolfo Lenz nos decía de regreso de un viaje de estudio a Europa, efectuado después de la guerra europea, que los liceos chilenos nada tenían que envidiar a los de los más adelantados países del mundo. Tal declaración debe enorgullecernos todavía.

Sea como fuere, el Pedagógico, a cuyo primer curso perteneció don Enrique Molina, significó también una revolución en la enseñanza secundaria. Determinar la magnitud de sus proyecciones corresponde al historiador, vale decir, a la perspectiva que permite apreciar en su justo relieve a los hombres y los acontecimientos. ¿En qué proporción los sucesos y las personalidades recias se mezclan en la evolución de una cultura? Carlyle, Emerson, Nietzsche, entre otros, se inclinarán en favor de los grandes hombres. Tesis exagerada, tal vez, pero que es la única que satisface a los de su estirpe. No puede el hombre superior aceptar lisa y llanamente que él sea hijo de las circunstancias. El siente que crea o modifica circunstancias y nosotros también así lo aceptamos, sin menoscabo de un determinismo riguroso. El verdadero maestro en nuestro concepto debe alentar las individualidades poderosas que encuentra en la asamblea de alumnos cuyas almas interpreta. El alumno inteligente podrá volverse consciente de su valer, pero no vanidoso. El éxito de don Enrique Molina como educador no radica principalmente en haber sido exigente con sus alumnos, que acaso no lo fué nunca, sino en esta su aptitud natural para exaltar la per-

sonalidad humana, en esa unción varonil que su palabra ha tenido siempre para hacernos creer que algo valemos, que el porvenir es en nosotros como una tierra de promisión. Ningún educador ha poseído acaso en Chile esa aptitud singular. Educador de alumnos y de educadores, su monumento más cabal está en el corazón de las generaciones. Ningún complejo de inferioridad, herida más honda que todas las heridas, porque es herida en el alma, ha cundido por obra suya. Y qué grande nos lo imaginamos en sus combates en Talca, donde él mismo representaba, sin pedantes doctrinas de detalle, las nuevas escuelas antes de Dewey, por una sorprendente intuición, o por sus lecturas de Goethe o los antiintelectualistas como William James.

El valer de don Enrique Molina no es el de los que andan por ahí acuñados en falsa moneda o afincados en la destreza fácil del panegirista de ocasión. Es un valor intelectual y moral que ya nadie podrá disputarle. Inconmovible como la roca del Huelén en el estupendo valle del Mapocho, asiste como actor y protagonista a un proceso de importancia capital en la cultura de Chile y América. Mientras Augusto Thompson, cuyo influjo se continúa en Pedro Prado, Mariano Latorre, Baldomero Lillo, Fernando Santiván, Rafael Maluenda, Gabriela Mistral y otros escritores de vasta significación en las letras chilenas, se entregan apasionadamente a la lectura y al comentario de los grandes novelistas, cuentistas y poetas extranjeros—llámense éstos Tolstoi, Zola, Ibsen, Nietzsche, D'Annunzio,

don Enrique Molina, sin dejar por ello de informarse continuamente de la producción literaria de extraños y propios, abraza con el amor del marinero que sólo en las faenas del mar encuentra adecuada complacencia, la labor de reflexión profunda que significa la filosofía, y le son familiares Willam James, Lester Ward, Guyau, Bergson, sobre los que ha escrito libros que constituyen en las primeras décadas del siglo XX la pieza de resistencia de ese al parecer festín intelectual, pero en verdad torneo de vigor supremo en que se han dado cita los más esclarecidos espíritus de esta generación. Escribe sin rebuscamientos ni escuela—guiado sólo por una facilidad ínsita a su carácter.—Facilidad para pensar, facilidad de organizador y de improvisador, a la vez que da el tono en las asambleas intelectuales a que ha concurrido, facilidad para dejar en paz a los espíritus agriados, no se sabe si la armonía que emana de su continente es don natural o la obra maestra de un alma incesantemente consagrada a su perfeccionamiento. De todos modos sus actividades de cualquier naturaleza que sean—pedagógicas, sociales, intelectuales—tienen la calidad de las aguas que han descendido de las cordilleras, porque mientras otros frecuentaban el trato de personas livianas, su verdadero e íntimo ambiente lo ha constituido la conversación reposada y constante con los más grandes poetas y pensadores de todos los tiempos. No han sido ajenos para él los sinsabores y amarguras de la lucha por la vida. Pero maestro por derecho divino, en horas que en otros pudieron ser de tribulación

o derrota, nos ha dicho simplemente: «la actitud filosófica». El valor, la templanza, la justicia y la prudencia: ninguna de estas virtudes lo es por sí sola si no va acompañada de las otras, pensaban los estoicos. La etopeya de don Enrique Molina queda circunscrita con esta sublime concepción moral como una piedra de nítidas aristas.

La trascendencia de esta figura que está muy lejos de fallar en la fila de los mejores—junto a los Sarmientos, los Bellos, los Lastarrias, los Vicuña Mackenna, los Amunátegui—se nos representó gráficamente un día que viajábamos allí donde se confunden la Suiza chilena y la Suiza argentina, en el camino a Bariloche. Nombres chilenos representaban el empuje civilizador de la raza. Puerto Montt, Puerto Blest, el Boquete Pérez Rosales. De pronto, en la mayor eminencia del trayecto, la laguna Frías ya en territorio argentino, pero bautizada con un nombre chileno. Allí ese inmenso vaso de agua con el augusto silencio de las alturas y la gracia de una espesa vegetación que trepa hasta encimar las riberas cortadas a pico, y sirviendo como de guía infalible en la pureza metálica del cielo la mole magnífica del volcán Tronador con sus nieves eternas, del que parece irreverencia apartar la vista para detenerla en los detalles del paraje.